LA DESPEDIDA DE MARSOK

(Cuento de ambiente marroquí)

Por Manuel ALONSO ALCALDE

A Miguel Delibes, por su interés por los temas africanos.

I

MARSOK empezaba a volver en sí, aunque todavía tardó algún tiempo en darse cuenta de lo que sucedía. Su impresión de estar sumergido en un mundo blando e irreal aumentó al comprobar que los objetos que se mostraban a sus ojos tenían el aspecto turbio y borroso de las imágenes desenfocadas.

«Debo estar muerto», se dijo, acordándose de que alguna vez, mientras andaba por el campo durante el invierno, se le había ocurrido imaginar que después de la muerte las cosas presentarían una apariencia semejante a la que ofrecían vistas a través de la niebla. No se detuvo a pensar que su confusa visión se debía únicamente a que la casa estaba llena de humo.

—Muerto.

Durante unos segundos los recuerdos rodaron en fragmentos por su memoria. Tuvo la vaga conciencia de que si se encontraba tendido boca arriba, sobre un jergón era debido a que alguien le había conducido hasta allí contra su voluntad; la lluvia había retrasado varias semanas las faenas del campo, y Marsok sabía que por nada del mundo hubiera él abandonado voluntariamente su trabajo. «El campo.» La palabra penetró en su cerebro, iluminándolo bruscamente. «Un surco interrumpido. Los picabueyes.» Sus recuerdos se ordenaban rápidamente. «Estaba en su casa. Se moría.» Los recientes acontecimientos empezaron a bullir en su imaginación. Recordó que aquella mañana, al salir al campo, notó una punzada en el costado. Marsok trató de no pensar en ello, porque sobre esta cuestión sabía de antemano [illegible] tado a un curandero [illegible] sultaba curioso que, a pesar [illegible] tiempo transcurrido, no hubiera conseguido olvidar la penosa impresión que le produjo el rostro, arrugado y menudo como una nuez, del viejo. Este le puso al corriente de lo que le pasaba. Marsok supo entonces que, desde hacía tiempo, llevaba una bola de gusanos en el vientre, la cual, a medida que aquéllos se reproducían, aumentaba de tamaño, comprimiendo paulatinamente las paredes del hígado, que acabaría por secarse. El viejo añadió que, por haberse dejado pasar demasiado tiempo, resultaba posible que su enfermedad se hubiera hecho ya incurable; pero, por si acaso, debía ponerse en tratamiento inmediatamente. El remedio consistía en sangrarse dos veces al mes y tomar, disueltas en el té, unas hierbas amargas que desde entonces Marsok llevó siempre consigo dentro de una bolsa.

Marsok había seguido puntualmente las prescripciones del curandero, aunque acabó reconociendo con tristeza que la punzada no desaparecía, sino que seguía clavada en su costado como una espina. Lo único que se podía hacer ya —lo sabía— era tumbarse a esperar tranquilamente la muerte; pero Marsok no se resignó a ello y continuó trabajando la tierra como si nada hubiera de ocurrir.

Aquella mañana, Marsok había dado comienzo a la jornada, sin suponer que el día que empezaba pudiera ser distinto a todos los demás. Empuñó la mancera y aguijoneó a las vacas con la punta de la vara. Los terrones rodaron volteados por la reja. Marsok notó que se fatigaba más que de ordinario, aunque lo atribuyó a que la tierra estaba húmeda, porque la noche anterior había vuelto a llover. Hacía sol, y en los cuartos traseros de los animales relucía el sudor. El mismo se tuvo que enjugar el rostro con la manga varias veces. Los picabueyes le seguían por el surco, a distancia. La vida seguía su curso. Todo cuanto le rodeaba, incluso el paisaje, ofrecía el mismo aspecto de siempre. Contempló el perfil de las montañas, sus laderas cubiertas de carrasca y palmitos y la silueta familiar de la casa, algo apartada de la tierra. Oyó los gritos de un pastor y el ladrido de un perro. Nada hacía suponer que precisamente aquel día hubiera de suceder algo fuera de lo corriente.

Marsok empujaba el arado. Se sentía una impresión agradable al hundir los pies en la tierra mojada y caliente. De pronto se detuvo. La punzada se había convertido en un dolor vivísimo, intolerable; era como si le estuviesen horadando el vientre con una barra de hierro al rojo. Marsok trató de gritar sin conseguirlo, y se desplomó con un gemido. Las vacas seguían su marcha, arrastrando el arado. Se acercaba una pareja de picabueyes.

«Me picarán el vientre», pensó Marsok al acordarse repentinamente de sus gusanos, y en su imaginación vió su propio cadáver abandonado sobre el campo, con una nube de pájaros encima picoteando sus entrañas.

Unos campesinos corrían a su encuentro. Gritaban. Uno de ellos pronunció en voz alta el nombre de Marsok [illegible] rodearon el cuerpo. El sol, al dar en su rostro, le hizo parpadear los ojos.

—Tapadme la cara —dijo, y los campesinos le cubrieron con la capucha.

Después, como en sueños, Marsok se sintió transportado a su casa. Percibió el olor familiar de la vivienda, el llanto de sus mujeres y el crujido del camastro al recibir el peso de su cuerpo. Luego empezó a caer en el vacío.

II

Marsok sabía que su existencia se acercaba a su término, aunque este pensamiento no le turbara en absoluto. Sin haber leído nunca a Marco Aurelio, pensaba como el filósofo que el hecho de morir es uno de los actos de la vida y no merecía la pena inquietarse por conocer el instante en que la muerte hubiera de sobrevenir desde el momento en que todo se encontraba escrito allá arriba. Lo único que cabía esperar era que el destino le tuviese reservada una muerte benigna, y así parecía que habría de suceder, porque sus dolores habían desaparecido por completo. En realidad, Marsok siempre esperó que las cosas ocurrieran así. Había sido durante su vida un buen creyente; cumplió siempre escrupulosamente los preceptos religiosos; celebró las Pascuas, ayunó durante el Ramadán; visitó todos los años el santuario de Sidi Embarek; sizo diariamente sus oraciones, y si todavía no había podido ir en peregrinación a la Meca, no fué por no haberlo deseado con todo su corazón, sino porque la tierra no daba más de sí, a pesar de los esfuerzos de Marsok para obligarla a ello. La tierra. Ella había sido el verdadero y casi exclusivo objeto de su existencia. La tierra constituía el mundo de Marsok, y todo cuanto sucedía fuera de sus fronteras carecía para él de importancia. Jamás sintió el deseo de conocer otros lugares. Sus visitas al zoco o a los poblados próximos fueron siempre fugaces. Aunque vivía cerca de Larache, Marsok no estuvo nunca en la ciudad, a la que odiaba con esa fuerza ciega, casi instintiva, de los hombres del campo. Las quince últimos años de su existencia habían transcurrido casi enteramente dentro de los límites de su propiedad, a la que se sentía íntimamente unido, como [illegible] constituyera una parte de su [illegible]

Su padre obligó a [illegible] a la escuela, pero él con[illegible] desde el primer momento [illegible] tiempo perdido, porque las palabras resbalaban por su cerebro como la lluvia sobre las piedras. Al abandonar definitivamente la escuela, Marsok no había conseguido pasar de la tercera «sura» del Corán. Desde entonces puso toda su ilusión en llegar a convertirse en labrador con tierra propia, pero todavía tuvo que esperar varios años antes de ver logrado su deseo. Durante este tiempo se vió obligado a ayudar a su familia. El padre de Marsok era campesino, aunque le tentaba más el comercio. Periódicamente desaparecía de casa, seguido de sus mujeres, provisto de una carga de leña, un serón de higos chumbos u otra cosa por el estilo, que iba a vender a la ciudad o a algún zoco de los contornos. Estos viajes se prolongaban en ocasiones algunos días. Mientras su padre permanecía ausente, Marsok quedaba al cuidado de sus hermanos más pequeños que él; pero esta circunstancia no le impedía recorrer libremente los alrededores. A veces, Marsok se acercaba a algún agricultor, vecino suyo, y le pedía que le permitiese ayudarle en su trabajo. Recordaba la emoción que sintió la primera vez que se vió conduciendo un arado...

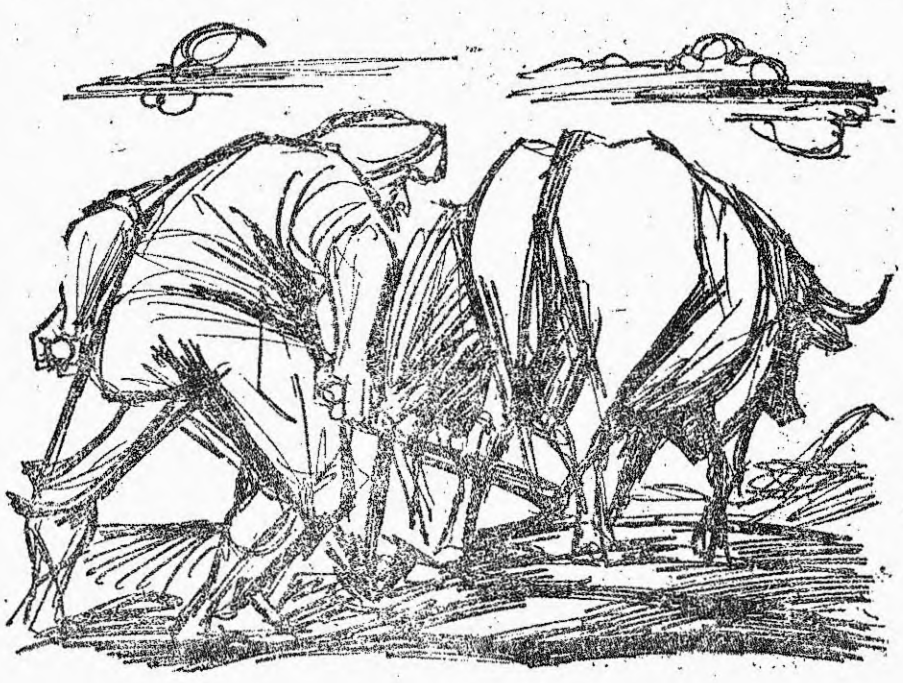
Cuando Marsok contaba sólo dieciséis años, sus padres le casaron con una campesina de la cabila de Beni-Gorfet, de más edad que él y algo pariente suya. Este acontecimiento y la muerte de su padre, acaecida poco después, le determinaron a ponerse en camino en busca de la tierra tantas veces soñada. La encontró en la ladera de una montaña: era un terreno inculto y dispuesto en plano inclinado, pero jugoso, abrigado y firme. Su instinto le dijo que aquella tierra podría ser fecunda, y no se engañó. Allí construyó la casa, la cercó de chumberas y empezó a roturar el campo, haciéndolo suyo. Al principio, el trabajo fué duro, porque la tierra, abandonada a sí misma desde siglos, se defendía tercamente, resistiéndose a someterse al dominio del hombre. Marsok hubo de quitar las piedras de la superficie. Incendió la maleza que la cubría y arrancó sus raíces. Taló las viejas encinas que habían arraigado en aquel lugar y extrajo sus tocones a costa de grandes esfuerzos. Y todo lo hizo él solo, sin más ayuda que la de Fatma, su mujer, siempre dócil y silenciosa. A veces, al volver el rostro, la sorprendía en uno de aquellos momentos en que ella se quedaba mirando a su marido como absorta, y Marsok, consciente del orgullo que le imbuía su propia tenacidad, se dejaba admirar y sonreía complacido.

Fué en aquella época cuando Marsok tuvo el primer hijo, que murió antes de cumplir el año. Después volvió a casarse otra vez, pero sus mujeres ya no le dieron más que hijas. Esta circunstancia hizo que Marsok se sintiera más y más identificado con la tierra. Comprendía de forma inconsciente que únicamente aquélla representaba ya la continuidad de su existencia. Pensaba que otras manos después de las suyas vendrían a trabajar la finca, a remover sus terrones y arrancarles las cosechas; pero, se decía, eso sólo era posible porque él había estado allí anteriormente, colonizando aquel trozo de monte abandonado que Marsok había sido el primero en poseer. Estas ideas hacían que se entregase a su tarea apasionadamente, con el calor que hubiera puesto en el hijo varón, de no haberse malogrado.

III

Marsok había cerrado los ojos; pero, a través de los rumores que llegaban a sus oídos, podía seguir paso a paso los movimientos de Bustana, su segunda mujer. Percibió el olor del humo, que le llenaba la boca un vago sabor resinoso, y el repetido chasquido de las ramas, y sonrió mentalmente. Bustana era diferente a Fatma, más comunicativa, alegre y decidida que ésta. Pero él había amado a ambas por igual. En aquellos instantes, Bustana encendía el fuego. Se la imaginaba mientras la oía, rompiendo la leña sobre su rodilla, dispuesta a preparar cualquier emplasto para aplicárselo después en el vientre. No, Bustana no le dejaría morir sin intentarlo todo para salvarle. Fatma, por el contrario, al verle llegar se habría acurrucado en un rincón y allí seguiría inmóvil, mirándole en silencio fijamente, con la mandíbula caída y una expresión de estupor en el rostro, y emitiendo de tarde en tarde

(Continúa en la pág. 11.)



CONCURSO DE CUENTOS
JUVENTUD 1954
Nº 27

...mes a lo nuestro, que ...l, y comenzamos por ...ular del Campeonato ...que se estaban jugando ...ente de cerrar nuestro ...último pasado. En Ber... uguayos, que han sido ... campeones del mundo ...hasta el pasado domin... en la cuneta al sot... por los húngaros (4-2), ...é precisa una prórroga ...acer el empate a dos ... el que finalizó el tiem... ...ntario. Y en Basilea, ...—siempre en plan de ...ara los sublimados—le ... menos de 6-1 a una po... austríacos. Entre uru... austríacos se disputó el ...to del Campeonato, y ...nueva sorpresa de que ... austríacos los que se ... gato al agua, con un ...mingo, la final. Toda la ...ecia en pie, proclamó ...a Hungría. Y la verdad ... los ocho minutos del ... Berna, ya no le dudo... ...ncillier Adenauer, pues ...ros, ni tan cuatro tiem... marcado nada menos ...ulter como dos copas ...bas de Fuma y Cubar, ...mente. La galanda se ...re los muchachos que ... Herberger. Pero sí, sí: ...sentantes de la Repú... ...ral Alemana, meter co... en capital en Bonn, re... con un entusiasmo, ...dad y una técnica, y ...e facultades, que aque... la Ciudad Universita... ...s dos minutos del u... ...nto magyar, Meelock ...distancias. Y en pie... de los muchachos re... ...n de la República Fe... ...ana, sector occidental, ...l en Bonn, a los diez... ...utos lin Rhan y, a lo ...tonto, consiguió el tan... ...nto, del empate Así se ...ecanza.

...gunda parte, los alema... ...taron de nuevo la fu... ...a Sigfrido en versión ..., con ataques aislados ..., basados en sus ex... ...ias facultades y en una ...pléndida, y así iban ... el empate y forzando ...gura prórroga, cuando, ...ro minutos para el fi... ...mpo reglamentario, un ... Schäefer sobre Rhan, ...lón en poder de éste, ...cándole entre los de... ...lo, a diez metros de ...a puerta húngara, con... ...l gol de la victoria, ...casi nada, el título de ... del mundo para cua... ...consecutivos, como cua...

...garos contrataccaron ...húngara», pero los abe... ...sujetaron bien. A pe... ..., Puskas consiguió un ... pero el árbitro inglés, ...z, anuló el tanto por ... de juego del magyar

...ria germana ha sido ...egún cuentan las cró... alemanes, en un juego ...n florituras, a base de ...y tesón, han logrado ... los superfenómenos ... han sabido darles ré... ...do se presentaba la ...acando con gran pro... aprovechando las oca... ...le al marco como las ...as. El mérito de supe... ...goles adversos tam... detalle que no debe ...n lado.

...nia hubo fuegos arti... ...ues de claxon y el fe... ...o como se diga en ale... ...ncillier Adenauer en... ...mente un telegrama a ...nes. Nosotros les man... desde aquí: «Equipa... ...tland Footbaten.—Ber...).—Al konsegirhaben ... monlandialen de

...footbaten, das titlang «Juges» os ...nschen an enhorabuenahen end felicitacioneintendrwhm - Stop - Hell Deuschtland end abrazoin... ...tanova - Stop - Her Don Sixto».

EL «TERESA HERRERA», PARA EL SEVILLA

En el estadio coruñés de Riazor, y en la festividad de San Pedro, se jugó el encuentro entre el Sevilla y el equipo sueco Helsingborga, para la disputa del trofeo «Teresa Herrera», venciendo el equipo español por tres tantos a dos.

DEBUTO EL CORUÑA EN MONTEVIDEO

Después de dos aplazamientos, por fin debutó el Coruña en la capital uruguaya, jugando con el Nacional de Montevideo. El equipo español, a pesar de perder por la mínima diferencia (4-1), causó una gran impresión como conjunto, destacando en él Otero, el guardameta, que realizó una labor extraordinaria. Los goles se marcaron en el primer tiempo, siendo Sara—el jugador argentino del Oviedo, que figura, entre otros, como refuerzo del Coruña—el autor del gol deportivista.

Y nada más por hoy. Ya veremos si hay algo que contar la semana que viene. Mientras tanto, os convido a un trago del botijo, chicos.

Comité directivo, que tomó, entre otros acuerdos, el de establecer definitivamente las categorías de los participantes, señalando los tipos de calad para cada una de ellas. También se acordó autorizar a los participantes para notar en mayor número de pruebas, accediendo a la solicitud hecha por el representante de Inglaterra.

Simultáneamente con los Juegos de la F. I. S. R. C. se van a realizar unos coloquios de filosofía y consideraciones teológicas sobre el deporte, que estarán a cargo de los capellanes de las diversas representaciones nacionales, y nuestra Asesoría Nacional de Religión está ya preparando un temario y los detalles concernientes a estos coloquios.

De San Sebastián nos llegan también noticias satisfactorias sobre el estado de las obras en Anoeta. Para el día inaugural de los Juegos del Frente de Juventudes estarán todas las instalaciones terminadas. Será entonces maravilloso conocer un escenario que es, sin disputa, el más hermoso de España y uno de los mejores de Europa. Sobre el fondo de verdes colinas, en un paisaje pintoresco y bello, el estadio de Anoeta, bordeado de jardines y vallas metálicas, nos ofrecerá la grandiosidad de un espacio cu-

LA DESPEDIDA DE MARSOK

(Viene de la página 12.)

un lamento largo y pueril como un balido.

Marsok oyó un pequeño roce y un cuchicheo. Ya. Sus hijas. Las veía entrar y salir en la casa, acarreando el agua y la leña con los pies desnudos, riéndose a escondidas sin comprender nada de lo que sucedía.

Sí. Se moría. Lo notaba en la extraña laxitud que le dominaba. Pensó que en aquella hora daría el sol de lleno sobre el monte y subiría del suelo una vaharada caliente, casi espesa. Tuvo una idea:

—Abre la puerta.

La claridad le dió en los ojos. Desde la cama, a través del ángulo que formaban las puntas de sus pies, Marsok miró al cielo, que parecía vibrar de luz.

—Bustana.

La mujer se acercó. Marsok sonrió al pensar en la extrañeza que habría de causarle sus palabras:

—Trácme un poco de tierra, De allí.

Bustana regresó jadeante. Había corrido. Traía abultado el regazo, que levantaba con las manos. Marsok reconoció aquel olor familiar, penetrante y húmedo. No; él no abandonaría nunca a su tierra, que había sido para él como el regalo de Dios.

—Levantadme.

Le incorporaron. Marsok hundió sus manos en el regazo de Bustana y extrajo un puñado de tierra. En sus dedos sentía el blando contacto del barro. Las mujeres contemplaban a Marsok gravemente, conteniendo el aliento. Aunque no comprendían la actitud de su marido, les parecía asistir a la ejecución de un rito profundo y misterioso...

EL OJO DE LA AGUJA

(Viene de primera página.)

sociedad española de nuestro tiempo; no creo que sea necesario recurrir a hacer un balance de lo que tales postulados costarán a la España que hizo posible su formulación y viable su realización; basta, creo yo, con indicar lo que el hecho tiene de contrario a todo un espíritu nacional; de insulto y humillación a quienes trabajan de una forma o de otra en un país pobre, no liberado aun totalmente del peso de un sistema económico injusto en sus resultados y catastrófico en sus consecuencias; de merma de dignidad humana en quien recibe lo que no es sino precio vergonzante de un privilegio inadmisible, pagado con las sobras —siempre mezquinas, por muy abundantes que sean— de un festín al que ningún español tiene derecho ni debe encontrar tampoco ocasión de celebrar. Ni ocasión ni posibilidad. En la estructura económicosocial de la España de hoy habría que levantar apresuradamente un bosque de delgadas agujas por cuyos ojos fuera tan difícil el paso para cierta clase de ricos como para el camello de la metáfora evangélica.

Jaime CAMPMANY

Desde la TRIBU

ATLETISMO EN VALLAD...

NOS tocó asistir a la ... Valladolid. La primera ... proporciones del torneo ... ñía allí sitio para todos ... más exigente. Lo niños, ... tros —¡hay los 300 de la U... ió de nada. Hasta un ... Moba hizo su presencia ... mamos de Amaró. Y por ... cincias castellanas, que, ... memoria, fueron: Avila, ... mance y Valladolid. Las ... por lo bajo. Tuvimos ... en jabalina; tres muchachos que bajaron de ... 11, 90 en peso, y un tiempo de 53 segundos ... para decirnos que esta difícil especialidad no es ... una condición natural, sino de cálculo y gimna... todavía.

Naturalmente, Moba consiguió para sus ... de las pruebas, y es justo consignar sus merit... Luciano y algún otro camarada, que sentimos ... Valladolid puede ser una gran escuela. Los deta... sorios y cuidados revelan el cariño y la atención

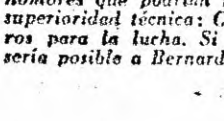
GANO EL MEJOR ATLET...

Y nos referimos a esos «monstruos» de la pis... nister, empeñados en una titánica porfía sobre ... Casos trata ahora de cualquier hombero, depen... o empleado de ferrocarriles... alemán. En Vall... un reportero de «El Norte de Castilla» nos pre... general y sobre fútbol en particular. Es más, sol... muchaconería, porque pensó, sin duda, en sus ... fútbol español actual? ¿Cabría suponer que mej... piensa usted sobre las tácticas? Y uno respondió ... mejor contestación. ¡Por qué Campanal? Campa... Sevilla y nada más, en apariencia. Pero Campan... bero, o un dependiente de ultramarinos, o un ... rriles alemán. De esos honestos ciudadanos que ... ros porque corrieron más tiempo que ellos, pa... antes que ellos, porque saltaron más que ellos ... más que ellos. Es decir, porque eran los atlet... Campeonato. Y yo pregunté al reportero vallisole... Campanal hubiera sido algo en fútbol sin su cual... dimentario fútbol explicarte la categoría interna...

Entonces..., ¿por qué, en vez de comenzar la ... empezamos desde el suelo? Primero, atletas; lu... rines; lo que ustedes quieran. Lo demás, lo que ... para estupidez. Pero de esto no se han percatado ... sapientísimos críticos, que se pelean por tácticas ... de ellos ha alzado el grito para condenar el abo... grandes Clubs hacia el atletismo? ¿Quién ha ... normas del alto organismo deportivo, que señala ... tas atléticas para autorizar nuevas obras futbolí...

Si alguno hubiera, y lo ignoramos, nos desbo... le, reconocidos.

LA RONDA FRANCESA



La no participación de ... do muy mondado el interés ... tísima prueba. Italia con ... sus menos «campeonísimos» ... figuras del ciclismo, le dabe ... color a la prueba. Pero los ... «L'Equipe» a los ases italia... han agriado las siempre di... la organización y sus más ... distas. ... disputa por esto suizos, holand... ñoles, y sería aventurado establecer un favorito. ... sus viejas glorias, contando solamente con jóven... domésticos. De Holanda sabemos que van también ... Suiza pone en línea sus dos grandes y únicas fig... rrendero ha elegido una combinación de veterano... que están figuras como el vasco Langarica, homb... fortuna: los viejos Manolo y Emilio, con Bernard... dor, Bahamontes, triunfalmente aplaudido en la ... Puertos. Es más que probable que nos equivoque... muchacho será difícil que aguante las etapas de He... dan en el «Tour». Los franceses saben muy bien lo ... contando este año con la ausencia de los italian... trazado para evitar que los escaladores puedan ha... hazañas diluídas, de poco valor para la clasificación ... más, en la ronda francesa no basta subir muy bien ... bajar muy rápido. Y las bajadas a Bahamontes ... vor por falta de peso y de experiencia. Nos queda ... Bernardo, si es bien servido. Es decir, si hay intelig... entre los componentes del equipo. De lo que es capa... pero, ¿tendrá las ayudas necesarias? En el «Tour» ... hombres que podrían haber prescindido de domés... superioridad técnica: Coppi y Kobler. Los demás ... ros para la lucha. Si Berrendero logra esta inte... sería posible a Bernardo que éste fuera su mejor a...